

EL TEMOR A LA LIBERTAD

Texto del discurso inaugural del Festival de Salzburgo de 1990 pronunciado por el Presidente de la República Federativa Checa y Eslovaca, Excmo. señor Václav Havel.

Estimados señores:

En junio se realizaron en nuestro país las primeras elecciones libres luego de largos decenios. El 5 de julio fui libremente elegido presidente por un Parlamento que a su vez también había sido elegido libremente. Poco después, el nuevo gobierno contó con la confianza del Parlamento. Estos hechos constituyeron la culminación de una de las etapas más dramáticas de nuestra historia moderna, cuando se produjo la caída revolucionaria del sistema totalitario; época de gran conmoción, de decisiones apresuradas y de un sinnúmero de improvisaciones; época de grandes tensiones, casi de aventuras, colmada de acontecimientos y de arduo trabajo.

Todo esto se asemejaba casi a un sueño un poco caótico, pero en el fondo tremendamente hermoso. En realidad, se trataba tal vez de un cuento. ¡Cuántas cosas pudieron no haber resultado bien! Avanzábamos sobre un terreno totalmente desconocido y ninguno de nosotros sabía con certeza si el terreno que pisábamos no se derrumbaría bajo nuestros pies.

No se derrumbó y todo salió relativamente bien. Hubo momentos en que realmente existieron razones para estar alegre: la revolución y todo el riesgo que ello implica había sido superada y ante nosotros se abría la perspectiva de construir pacíficamente un estado democrático. ¿Se podría pensar en un momento más hermoso en la historia de una nación que tuvo que sufrir tanto tiempo bajo un sistema totalitario?

Un sentimiento extraño

Sin embargo, precisamente en este hermoso momento histórico me ocurrió algo extraño: cuando fui al trabajo por primera vez luego de las elecciones, me di cuenta que estaba deprimido. Me encontraba en un estado de profunda depresión, me sentía extraordinariamente paralizado o vacío por dentro. Me parecía que de pronto había perdido mis ideas y metas, mi esperanza y mi voluntad. Me sentí fatigado, sin fuerzas y sin disposición para la fantasía. A pesar de que algunos días antes había tenido gran cantidad de trabajo, había algo que no lograba resolver y de pronto no supe realmente lo que debía hacer. Había desaparecido la presión del acontecer

llo de excitación que en los últimos días me había obligado a realizar gran cantidad de cosas, y de pronto me sentí desorientado, sin una convicción interna para actuar, exhausto y casi inútil.

Era un sentimiento sumamente extraño. Podría compararse un poco con un día lleno de trabajo agitador, con el despertar de un hermoso sueño a la dura realidad de cada día, un poco con la impresión del hombre enamorado a quien su amada traiciona.

No sólo era yo el que experimentaba esta sensación extraña. Lo mismo sentía un sinnúmero de mis colegas en el Palacio de Praga. Nos dimos cuenta de que toda la poesía se había esfumado y que había comenzado la prosa. El carnaval había terminado y comenzaba la rutina diaria y sólo en ese momento nos dimos cuenta del trabajo exigente y por lo general ingrato que debíamos realizar y del peso que significaba esa carga que habíamos asumido. Como si el vertiginoso desarrollo de los acontecimientos no nos hubiese permitido hasta ese momento tomar un poco de distancia, reflexionar y sopesar si nuestras fuerzas eran suficientes para asumir la tarea que habíamos aceptado. Simplemente nos habíamos lanzado al agua y debíamos nadar. Fue como sentir que recién había llegado el momento en que tuvimos la oportunidad de tomar conciencia en toda su dimensión del peso del destino que habíamos elegido.

Ante esta situación, se manifestó un sentimiento de desesperanza sorpresivo y aparentemente ilógico, dada la situación. En algún lugar recóndito de esta sensación se encontraba el temor. Temor de haber emprendido demasiadas cosas, temor de no poder lograrlas, temor a la propia insatisfacción, es decir, temor a uno mismo. Este sentimiento albergaba también en lo más profundo una sensación de absurdo como la que debe de haber experimentado Sísifo si la roca hubiese rodado hacia abajo, es decir, la sensación de un Sísifo que no está mentalmente preparado para asumir que sus esfuerzos han dado resultado, un Sísifo cuya vida ha perdido el sentido que tenía y que todavía no ha podido encontrarle uno nuevo.

Cuando me consultaron hace alrededor de un año si podía inaugurar este festival con un breve discurso, no contaba con la posibilidad de poder llegar hasta este lugar; no obstante, acepté gustoso la petición, pensando que podía enviar mi discurso por escrito. Realmente disfruté haber podido escribir en los tranquilos días de Navidad un breve ensayo sobre el tema "El temor y el sentimiento de amenaza en la literatura europea".

Una borrachera política

La historia realmente me ha sorprendido y no me permitió en los agitados meses que han pasado tener tiempo y concentración

para escribir mi discurso. Entonces pensé que después de las elecciones tendría tiempo para abordar esa tarea y todo lo que ella implica. Sentí alegría porque pensaba que reanudar temporalmente mi anterior quehacer de escritor me permitiría separar la primera fase revolucionaria de mi compromiso político de la segunda fase más moderada, más constructiva, por así decirlo.

Finalmente pude encontrar el momento para escribir. Pero se trataba de un momento muy especial porque sentía una especie de extraña borrachera política. La historia me había sorprendido y ahora me sentía sorprendido de mí mismo. Simplemente no era capaz de escribir nada. Me sentía vacío, paralizado, incapaz. Era una gran paradoja: deseaba escribir sobre el temor y de pronto el temor me impedía hacerlo. Sentía temor de elegir el tema, temor de escribir, simplemente, temor de mi propia insatisfacción, temor de mí mismo y no pude más que intentar abordar de manera paradójica el tema describiendo precisamente la situación que me había llevado a este impedimento.

Escribir movido por la duda

Esto no es algo nuevo. La mayoría de los escritores escriben un poco por el deseo de alejar la duda de su obra y con ello poder superarla. Quizás eso constituya la explicación de por qué me he referido tanto a mi persona en esta ocasión y quizás quede claro que ello no se debe a un egocentrismo vanidoso sino simplemente porque no tengo otra alternativa.

En ninguna enumeración de las diferentes características de la cultura y literatura de Europa Central está ausente una muy importante: una clara percepción ante la amenaza y un sentido profundo frente al fenómeno del temor. Eso es más que evidente. En un territorio en donde la historia se ha entrelazado en forma tan intrincada, en un espacio cuya estructura cultural, étnica, social y política es tan complicada, en un lugar en donde se han originado y han encontrado su fin las diferentes catástrofes europeas, se deberían experimentar y reflexionar precisamente y con mayor razón estas dimensiones del ser humano.

Creo que la heterogeneidad de esta región explica de manera bastante clara los dos polos característicos de su experiencia vital y con ello también de su literatura. Por un lado, una especie de miniaturización de la historia hacia un género pastoral, hacia lo anecdótico y hasta caer en un culto folklórico por la región y lo regional y, por otro, el temor obsesivo y a menudo sorprendentemente anticipado ante la amenaza de los llamados grandes sucesos históricos. Una especie de predisposición jovial y amistosa hacia los países vecinos tiene su contraparte en diferentes tipos de fanatismos y nacionalismos que surgen precisamente de este gran temor

a la historia. Pueblos o minorías étnicas constantemente amenazadas perciben una amenaza a su vez constante y se defienden de igual forma mediante posturas de autodeterminación de carácter nacional, o incluso nacionalista. Minorías étnicas que no se han podido desarrollar nunca en paz y en libertad desde el punto de vista político luchan constantemente por su identidad y lo hacen entre otras cosas reflexionando constantemente sobre su propia particularidad étnica y percibiendo de manera sensible la amenaza que para ellos constituye la particularidad étnica de los demás.

Creo que el tipo de temor que he descrito hace poco es algo típico dentro de los intelectuales centroeuropeos o al menos comprensible para ellos en sus fundamentos. Por cierto es difícil imaginarse que en Inglaterra, Francia o Norteamérica alguien pueda sentirse deprimido a causa de sus victorias políticas. Sin embargo, me parece que en Europa Central ello sería muy comprensible y natural.

Por otra parte, aquella experiencia de vacío embriagador no es de ningún modo una experiencia personal y menos lo es aquel temor extraño. Bastante a menudo me encuentro con personas, no sólo en Checoslovaquia sino que también en el resto de los países de Europa Central y Oriental, las cuales se han liberado de sistemas totalitarios y experimentan de diferentes formas este temor y este sentimiento de vacío. En estos países los hombres han luchado por su anhelada libertad, pero en el momento en que la obtienen, de pronto se sienten como sorprendidos. Hasta cierto punto estaban desacostumbrados, de manera que sorpresivamente no sabían qué hacer con ella. Le temían. No sabían con qué llenarla. Como si de pronto aquella lucha de Sísifo hubiera dejado un espacio vacío. Como si sorpresivamente la vida hubiese perdido su sentido.

Nuevas amenazas

De igual manera, en esta región del mundo se pueden observar los indicios de un nuevo temor al futuro. A diferencia de los años del totalitarismo, cuando el futuro era miserable pero previsible, para muchos ahora éste parece muy incierto. La única amenaza omnipresente pero conocida que significaba el régimen totalitario y su represión parece haber sido reemplazada por todo un nuevo espectro de amenazas nuevas y desconocidas o largamente olvidadas: desde el peligro de los conflictos nacionalistas, el peligro de la pérdida de la seguridad social, hasta el peligro del total dominio del consumismo, de la comercialización y del poder del dinero.

Podríamos perfectamente haber sido perseguidos y haber perdido la lucha. Es por ello que hoy nos sentimos quizás tan desconcertados de que nadie nos persiga. En todas partes descubro

indicios de anhelos nostálgicos hacia una época en la cual la vida transcurría por un lecho de río muy angosto cuyas riberas eran conocidas para todos. Hoy no sabemos realmente donde se encuentra la orilla y sentimos por esto un cierto trauma. Somos como presos que nos hemos acostumbrado a la cárcel y que inesperadamente somos dejados en la anhelada libertad y no sabemos qué hacer con ella y dudamos porque debemos constantemente tomar decisiones.

Predispuesto al temor

Repito que la situación socio-existencial que he descrito en estas líneas y que he observado también de diferentes maneras en mis compatriotas es, a mi modo de ver, una situación típicamente centroeuropea. La literatura relativamente reciente está llena de paralelos de esta situación.

Un ejemplo de ello fue la atmósfera vivida después de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial. En pocas palabras, parece ser que estamos totalmente predestinados a ello y que debemos sentir temor de manera más frecuente que los demás y en diversas situaciones aparentemente muy inesperadas.

Esperanzas en vano

El temor que sentimos frente a la historia no es sólo temor al futuro sino también temor al pasado. Yo diría incluso que ambos temores se condicionan mutuamente. El que teme a lo que vendrá, por lo general también siente temor de ver ante sí lo pasado. Y aquel que teme ver ante sí su propio pasado, necesariamente debe sentir temor de lo que vendrá.

Muy a menudo ocurre en esta región del mundo que el temor a una mentira hace surgir otra con la esperanza inútil de que al librarnos de la primera, nos libre definitivamente de toda mentira. Pero una mentira no nos puede librar nunca de la mentira. Así como en Checoslovaquia la mentira de Stalin acerca del paraíso socialista en la tierra no nos ha liberado de nada, tampoco nos liberará la mentira sobre los cómplices racistas de Hitler considerados como supuestos herederos del antiguo principado. Los falsificadores de la historia no liberan la libertad sino que la amenazan.

Suponer que se puede tergiversar la historia impunemente y modificar la propia biografía es una de las ideas erróneas tradicionales de los centroeuropeos. Si alguien intenta hacer esto, se hace daño a sí mismo y a sus conciudadanos puesto que no puede haber plena libertad allí donde no se da rienda suelta a toda la verdad.

De una u otra forma muchos han sido culpables en esto. Pero no se nos puede perdonar y en nuestras almas no puede reinar la

paz mientras al menos no admitamos nuestra culpa. La confesión nos libera. Yo lo sé pues una vez me liberó cuando encontré la fuerza para reflexionar sobre el camino errado que había seguido.

Tengo muchas razones para afirmar que la verdad libera a los hombres del temor. En los últimos años, en nuestra región de Europa, muchos de nosotros hemos intentado, a pesar de todo, denunciar a muchos la verdad. Hemos tenido la visión interna, la tolerancia, la capacidad de entender a los demás y perdonarlos y sólo hemos conservado esa sensación de moderación y de alegría porque hemos actuado de esa forma. De otro modo habríamos sido presa de la desesperación.

Nuestro temor específicamente centroeuropeo nos ha causado algunas desgracias. Podríamos comprobar que la mayoría de los conflictos regionales, e incluso algunos de carácter global, tienen su origen precisamente en el temor que sienten los pobres de espíritu frente a sí mismos y al mundo, lo cual conduce frecuentemente a la violencia, la brutalidad y el odio fanático.

Un llamado a la búsqueda

El temor no es sólo un estado que lleva a la perdición. El temor a la propia incapacidad puede, en última instancia, despertar en nosotros nuevas capacidades. El temor a Dios o a la propia conciencia puede despertar en nosotros el valor. El temor a no poder resistir puede constituirse en el mejor motor para nuestras almas y en definitiva permitirnos poder salir airoso. Sentir temor frente a la libertad nos puede enseñar precisamente a aprovechar de manera real y correcta nuestra libertad. Y sentir temor ante lo que nos depare el futuro puede ser precisamente lo que nos impulse a hacer todo aquello que nos ayude a lograr un futuro mejor. Mientras mayor sea la sensibilidad con que percibimos todas las posibles amenazas, podremos garantizar mejor nuestra defensa ante ellas.

Por lo demás, siempre he creído que el sentimiento de vacío ante la vida y de pérdida del sentido de la vida, en el fondo sólo es una invitación a buscar un nuevo significado y trascendencia a nuestra propia existencia y nuestro trabajo. ¿Acaso no surgen nuevas certidumbres precisamente en aquellos momentos de profunda duda? Probablemente la desesperanza sea en realidad la fuente de la verdadera esperanza del hombre y quizás no sería posible vislumbrar, buscar y encontrar el sentido al mundo si no hemos experimentado esa sensación de absurdo de nuestro mundo.

Tomar conciencia de las cosas nuevas

A pesar que me he referido a las circunstancias de mi deses-

peranza en términos apolíticos, desearía concluir de manera muy constructiva estas palabras. Por ello deseo hacer un llamado a todos nosotros, los centroeuropeos, a intentar hacer frente a nuestros temores tradicionales en la medida en que sepamos superar todos los posibles motivos para tal sentimiento e intentar en forma rápida y conjunta construir en esta región europea un sistema tal de relaciones políticas, económicas y culturales conjuntas que nos permita superar progresiva y definitivamente todas las posibles amenazas que se ocultan en nuestro futuro común, y con ello eliminar también todas las causas de nuestros posibles temores.

Intentemos, entonces, no sólo liberar definitivamente de su temor ante la mentira a esta región sometida a tantas pruebas, sino también de su temor ante la verdad. Observémonos de manera serena, atenta y con la frente en alto a nosotros mismos, nuestro pasado, presente y futuro. En la medida en que sepamos comprenderlos podremos entonces esclarecer su ambigüedad. Intentemos transformar la causa de nuestra incertidumbre, de nuestro temor y de nuestra desesperación en la semilla de una nueva conciencia europea, de aquellos que no sienten temor de observar sobre el horizonte de sus intereses personales o de grupo y sobre el horizonte de este preciso instante.

Les agradezco su atención.

Traducción del alemán
(Feuilleton, 27 de julio de 1990)
de MARÍA ISABEL DIÉGUEZ M.